

los diversos grados de desarrollo de los idiomas. Podremos afirmar que ha llegado al más alto grado de desenvolvimiento aquel idioma que tenga recursos para todas las expresiones, sin que la abundancia de los mismos ofrezca confusión ni ambigüedad, y que posea para las ideas, así abstractas como concretas, las expresiones más completas, más inteligibles y más concisas. Y siguiendo por este camino, podremos afirmar que existe un profundo paralelismo entre el desarrollo del lenguaje y el de la civilización, puesto que cuanto más elevada es esta, mayor número de términos de expresión necesita. Sin perjuicio de la diferencia de estructura de los varios idiomas, los pueblos que han llegado al mayor grado de cultura serán también los que hablarán los idiomas más ricos y más variados, es decir aquellos idiomas que merecen el nombre de instrumentos privilegiados. Con esta denominación no designamos los instrumentos que mejor llenan el objeto á que han sido destinados, pues en este sentido el idioma del australiano es suficiente para sus pocas necesidades y aun por su misma pobreza cumple mejor su cometido que las más cultas lenguas literarias. Nosotros consideramos más bien los idiomas como organismos especiales que han de llegar á un grado de desenvolvimiento propio. De la misma manera que entre los instrumentos mecánicos consideramos de más categoría al arado que al azadón, á pesar de que éste llena su humilde cometido tan bien como aquél su más elevado objeto; los idiomas de la familia indo-germánica, tan flexibles como firmemente organizados, tan claros como ricos, valen para nosotros mucho más que los pobres idiomas de la familia de los bantús.

Aun cuando el idioma de un pueblo es una medida del grado de su cultura, es preciso proceder con mucha circunspección antes de deducir del desarrollo del primero el desenvolvimiento de la segunda, pues aquél no pasa de ser una de las muchas manifestaciones de ésta. En manera alguna pueden señalarse como tal medida los procedimientos lingüísticos para determinadas ideas. Los números y el cálculo ó contabilidad son dos cosas importantísimas, de cuyo exacto desenvolvimiento depende, en gran parte, el desarrollo intelectual y por ende el de la civilización de los pueblos; pero en presencia de la supuesta ineptitud de algunos pueblos naturales para realizar nociones numéricas mayores de 3 ó de 5 - ineptitud que con especial frecuencia se ha echado en cara á los australianos - debe hacerse notar muy especialmente que la insuficiencia de un instrumento no permite suponer una incapacidad igual en la mano que lo maneja. Respecto de este particular se nos dice repetidas veces que los idiomas de estos pueblos no tienen palabras más que para expresar tres números, lo cual demuestra que no cuentan más allá de 3. Bleek ha hecho notar con razón que esta consecuencia sería tan poco justificada como la que sentara que las palabras francesas *dix-sept* ó *quatre-vingt* demuestran la incapacidad de los franceses para contar más allá de 10 y 7, de 4 y 20. A los mismos alemanes nos falta una palabra especial para el número 10,000, como la tienen los griegos, y para 100,000 (*lak*) y 10,000,000 (*kror*) como las tienen los idiomas indios. Los nubios, que en su lengua sólo saben contar hasta 20, se valen para expresar cantidades más elevadas de palabras árabes, mas para el número 100 tienen la palabra propia *imil*. Lo mismo puede decirse de los nombres de los colores, cuya pobreza entre muchos pueblos naturales y otros de la antigüedad se atribuye sin reparo alguno á pobreza de sensaciones; y los que tal hacen, parten del supuesto, no demostrado ciertamente, de que la expresión corresponde exactamente á la sensación, es decir, en el caso presente, de que el número de nombres de colores corresponde al número de gradaciones de co-

lores que pueden reproducirse y percibirse detrás de la retina. Así como es falsa la suposición que con esto se hace respecto de la esencia del lenguaje, es muy valiosa para el conocimiento de la verdadera esencia de éste el hecho de que muchos pueblos naturales, muy rudos en otras materias, poseen una riqueza extraordinaria de palabras para expresar los colores. Pero, así esta riqueza como aquella pobreza, derivan de la misma causa, de la falta de madurez. Las palabras se mueven confusamente dentro de ciertos límites y de una manera tan poco precisa que muchas veces un mismo nombre designa colores muy diferentes, y más á menudo todavía, los vocablos más distintos expresan un mismo color. Esta riqueza es riqueza de confusión y de ella no podría decirse que sea signo de elevada cultura. Después de haber estudiado á algunos australianos de Queenslandia, escribe Alfredo Kirchhow: «dícese que los hotentotes tienen 32 expresiones para designar los colores; pues bien, estos australianos les superan en el doble, porque después de largos y repetidos exámenes, puede decirse que el catálogo de los nombres de colores alcanza la cifra de 70.» Pero después de haber descompuesto en sus elementos esta infinidad de palabras, encuéntrase que para un mismo color hay, á veces, más de una docena de expresiones que se repiten casi siempre dentro de un grupo de colores fácil de designar. El hecho de esta superabundancia de vocablos sólo demuestra que estos pueblos, en sus ocupaciones diarias, no han tenido ocasión de fijar su nomenclatura de colores. Respecto del origen de esta excesiva riqueza de nombres para un mismo objeto, en el caso presente para un color mismo, arroja mucha luz el hecho de que los más importantes ganaderos de entre los negros africanos, es decir los hereros, los dinkas y sus afines, que se dedican con verdadera pasión á la ganadería, poseen un número extraordinario de palabras para designar á las reses negras, de color de isabela, blancas, pías, etc. Entre los samoyedos, se han podido contar hasta once y doce palabras para indicar los distintos colores grises y negros de sus reníferos. El herero no encuentra inconveniente alguno en dar el mismo nombre al color de los prados y al del cielo, y en cambio consideraría como prueba de gran ineptitud intelectual comprender en una sola palabra todos los matices del negro de una vaca. La terminología náutica de los malayos y polinesios es también en este sentido muy abundante, y á pesar de esto, su idioma es sumamente pobre, á causa de la gran indolencia de aquellos que lo hablan. No son solamente los pueblos naturales los que se contentan con una sola palabra para expresar varios colores que no les interesan de cerca, sino que también entre pueblos más civilizados se nota esterilidad en la formación del lenguaje. El labrador de la Alemania central designa muchas veces con el mismo nombre los colores violeta y pardo, y el japonés denomina, por regla general, indistintamente el azul y el verde *ao*, bien que cuando se ve obligado á hablar con más propiedad llama al azul *ai* y al verde *mojengi*.

La necesidad es la fuente principal de la riqueza del idioma. En los más civilizados pueblos modernos de Europa se ha sentado la regla de que sus individuos menos educados solamente usan una pequeña parte de las palabras que los diccionarios de sus respectivos idiomas contienen. La lengua inglesa pretende poseer 100,000 palabras y sin embargo el labrador inglés sólo emplea generalmente 300. Cuando se juntan dos pueblos, más civilizado el uno que el otro, el idioma de este último se empobrece porque acepta una porción de palabras del de aquél. Pero de este empobrecimiento no se ha de deducir ninguna consecuencia respecto del grado de cultura del respectivo pueblo,

sino considerarse como hecho histórico en la vida del idioma de éste. Buen ejemplo de ello es la lengua nubia, que se ha mezclado extraordinariamente con el idioma árabe, y cuya riqueza primitiva de ideas es sumamente limitada, al decir de Lepsius. Para designar el sol, la luna y las estrellas, tienen los nubios palabras propias, y en cambio han de apelar al árabe para expresar las nociones de tiempo, como año, mes, día y hora; para el agua, el mar y el río tienen la sola palabra *essi*, y por otra parte es notable que designen el Nilo con la palabra especial *Tassi*. Para todos los animales de su país, así domésticos como salvajes, tienen palabras propias, mas para todo cuanto se refiere á la construcción y á la navegación, vense precisados á recurrir á términos árabes. Con una misma palabra designan el dátil y la palmera, que los árabes expresan con dos distintas. Es también digno de notarse que con la misma palabra *g'oni* indican el árbol *sont* y el árbol en general. Espíritu, Dios, esclavo, las ideas de parentesco, las partes del cuerpo, las armas, los frutos del campo y todo cuanto se refiere á la elaboración del pan, tienen nombres nubios; en cambio, criado, amigo, enemigo, templo, orar y leer son árabes. Más extraño es todavía que teniendo vocablos especiales para escritura y libro, no los tengan para estilete, tinta, papel y letra. En cuanto á los metales, todos los designan con palabras árabes, excepción hecha del hierro. «Son ricos en berberisco y pobres en árabe.»

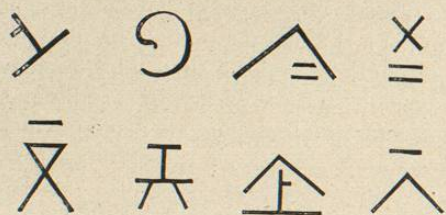
Que algunas mezclas de idiomas, como las que acabamos de citar, pueden servir para enriquecer las lenguas y para hacerlas más propias á su objeto, lo demuestra, entre los idiomas europeos, el inglés, que encierra casi igual número de palabras-germánicas que románicas, con la particularidad de que muchos vocablos que han sido acerbamente censurados son indispensables. Considérese, también, cuántas transplantaciones é injertos hubieron de hacerse en todos los idiomas africanos, polinesios y americanos para hacer posible á los misioneros la traducción de las más sencillas historias bíblicas y de los principales escritos del cristianismo.

Sólo hasta cierto punto pueden los demás órganos sustituir á los órganos fonéticos, y esta sustitución, por lo mismo que es muy incompleta, únicamente tiene lugar en casos de necesidad ó para satisfacer el impulso del movimiento, que aun en las más sencillas manifestaciones de la vida tiende á la variación. Al hablar así, prescindimos de la dura necesidad que la naturaleza impone á los mudos, y á este objeto recordaremos el hecho interesante de haber encontrado Livingstone, en el reino de Kasembe, un sordo-mudo que se valía de los mismos signos que los sordo-mudos de Europa no educados convenientemente. Ya se comprenderá que el lenguaje de los signos y de los gestos fisonómicos es tanto más empleado cuanto más pobre y más sencillo es el lenguaje propiamente dicho y cuanto más simples son las ideas que ha de expresar; por esto lo encontramos más desarrollado entre los pueblos menos cultos y entre las clases más bajas de los civilizados, lo cual se debe, principalmente, al escaso uso que éstos hacen de las palabras que expresan abstracciones, que el lenguaje de los signos no tiene medios para reproducir. Cuando se nos demuestra que un trabajador puede, por término medio, atender á sus conversaciones ordinarias con dos centenares de palabras, comprendemos que el lenguaje de los signos y de los gestos sería bastante para expresar, si no todo, una gran parte de lo que con tales medios puede decirse. Y tanto más lo comprendemos así, cuanto que el uso frecuente ha perfeccionado de tal suerte esta especie de lenguaje, que nosotros, que operamos con millares de palabras,

apenas podemos formarnos idea de ello. Con los más sencillos guiños y gestos dicen esos pueblos mucho más de lo que solemos decir nosotros. Oigamos, sino, á Livingstone hablando de los gestos de los negros: «Los africanos, cuando hacen algún signo á alguien, vuelven la palma de la mano hacia abajo, pues con esto enlazan la idea de tender la mano á la persona señalada y atraérsela á ellos. Si la persona deseada está cerca, el que hace el signo pone la mano derecha á la altura del pecho y hace un movimiento como si, cerrando los dedos y atrayendo, quisiera coger la otra: si aquella persona se encuentra más distante, ese movimiento es reforzado levantando la mano tan alta como se pueda y avanzando luego en esta postura hasta tenerla más cerca, y entonces vuelven á colocar la mano como antes he dicho.» El lenguaje de los gestos no ha llegado á desarrollarse entre los africanos hasta el punto de ser un verdadero «sistema de señales», pues para este tienen el lenguaje del tambor. Quienes han alcanzado este grado superior de desenvolvimiento son los indios, laboriosos y al propio tiempo callados y flemáticos. Mallery, en su gran obra sobre el lenguaje de los gestos y de los signos de los indios, ha reproducido una serie de signos principales, con cuya combinación pueden formarse las más variadas frases, y de los cuales son también parte las señales del fuego, del humo y otras análogas. Lichtenstein nos presenta un buen ejemplo de la expresión de los números por medio de los gestos, cuando nos refiere que un hotentote, disputando con su amo holandés acerca del tiempo que aun tenía que servirle, supo explicar al juez la diferencia entre las pretensiones suyas y las de su dueño, diciéndole: «Mi baas (amo) pretende que he de servirle todavía esto - y aquí extendió el brazo izquierdo y la mano y puso el dedo meñique de la mano derecha en el centro del antebrazo - y yo sostengo que sólo debo servirle esto» - y corrió el dedo pequeño hasta el puño. Además, presentó como pieza de prueba un pedazo de madera en el cual había cortado, á cada plenilunio, una ranura, habiendo señalado con una ranura doble el plenilunio en que entró á servirle. Los indios americanos llevan con frecuencia pintada ó picada en el brazo una medida con varias subdivisiones. Esto nos lleva á los rudimentos de la escritura, á cuyos diferentes medios de fijar el pensamiento hemos de dedicar algunas palabras.

En todos los pueblos de la tierra encontramos medios sencillos de fijar las ideas, medios que se traducen ó por la escritura de imágenes ó por la de signos, ambas propias de las primeras edades de los pueblos. El antes mencionado hotentote con las ranuras que practicaba en su pedazo de madera, no hacía otra cosa que emplear la escritura de signos, en su mayor sencillez, cada vez que señalaba un mes con una incisión. Nuestros niños emplean la escritura de imágenes cuando dibujan una cabeza de asno en la puerta del compañero que les es antipático. Los adultos que no conocen un sistema de escritura más elevado, pueden expresar, por medio de imágenes convenientemente agrupadas, muchas cosas más que estas ideas aisladas. Estas materializaciones por medio de imágenes, hanse elevado á la categoría de escritura, por haberse hecho inteligibles en más extensos círculos, gracias al acuerdo de los que se interesan en la creación de una escritura y que han impreso en ellas un carácter convencional. Los signos sólo pueden servir para un determinado objeto, para el cual han sido, con previo acuerdo, destinados. Así, por ejemplo, los signos de propiedad, prescindiendo de la escritura que coetáneamente con ellos existe, sólo expresan el hecho de que el objeto en el cual han sido pintados ó labrados tiene por

dueño á un hombre determinado. Muchos signos que apenas pueden reconocerse por el carácter ornamental que han tomado, proceden quizás de estos signos de propiedad, ó quizás han servido para expresar un objeto ó una idea, como el pié colocado en una dirección ó la mano señalando indican un camino. Estos signos alcanzan ya un lí-



Signos de propiedad de los Ainos (según Siebold)

mite desde el cual, convenientemente combinados, pueden pasar á un grado superior de desenvolvimiento. La «inscripción india de imágenes» — que reproducimos y que contiene el «canto Wabino del Odschidwa indio» — nos da una idea del modo cómo con medios sencillos, de significación determinada, no sólo puede expresarse una idea, si que también toda una serie de conceptos. Entre pueblos de distintas razas y de diverso grado de cultura, encontramos con suma frecuencia análogas escrituras de imágenes, de las cuales han salido todas las otras escrituras más perfeccionadas. Esta procedencia se echa de ver todavía en la escritura jeroglífica de los mejicanos y de los egipcios, al paso que de ella no queda rastro alguno en la escritura china. Tales huellas pueden en todas partes reconocerse, y aun en la misma escritura cuneiforme encontramos cierta armonía con la de imágenes de que deriva. En la escritura jeroglífica egipcia, un buey, una estrella, designan los respectivos objetos, pero también expresan, aun en inscripciones que datan de 3,000 años antes de Jesucristo, sonidos determinados, haciendo por lo tanto las veces de signos fonéticos. De igual suerte, encontramos mezclados en los

jeroglíficos mejicanos los signos que expresan cosas y los que expresan sonidos. Un idioma monosilábico como el chino, que con una misma sílaba expresa diferentes palabras, hace uso de signos-cosas, apenas reconocibles, para determinar más concretamente el significado de los signos-sílabas fonéticos. En cambio los japoneses, para su idioma polisilábico, más accesible á la escritura fonética, forman una escritura de esta clase con las mismas letras chinas. De una manera más marcada hicieron esto mismo los fenicios desechando los signos-cosas superfluos de los egipcios y adoptando únicamente los jeroglíficos necesarios para escribir los sonidos. Los nombres de las letras fenicias se encuentran entre los griegos y pasaron á los alfabetos de Occidente, de suerte que aun hoy en día puede encontrarse el origen de muchas letras del alfabeto latino y alemán en las imágenes de la escritura jeroglífica. La difusión universal de ésta no se ha realizado, empero, sin una modificación constante de su riqueza de signos. Al pasar de los fenicios á los griegos, se corrigió la escasez primitiva de vocales; además, mientras los griegos perdieron, en el curso del desenvolvimiento del lenguaje y de la escritura, la llamada *digamma* (F), los pueblos septentrionales del Oeste añadieron á las letras latinas la W, y los prosélitos de los misioneros greco-católicos formaron un alfabeto propio, bastarda derivación del griego. De esta suerte, y de los variados comienzos de la escritura de imágenes, nació, en una sola parte del globo, uno de los más preciosos instrumentos del pensamiento humano, la escritura de letras, la más flexible, la más apropiable á todos los idiomas, la que, al desenvolverse en la telegrafía y en la stenografía, reúne todas las posibilidades para expresar de un modo completo y adecuado la totalidad de los pensamientos. Con ella, la humanidad ha dado un paso importantísimo en la senda de su desenvolvimiento, pues la escritura, fortaleciendo y asegurando la tradición, fortalece y asegura la civilización misma, en cuya esencia hemos visto que era germen vital y, por decirlo así, animado, la conexión de las generaciones, fundada en la tradición.

LA RELIGIÓN

Dificultad que ofrece esta materia. — ¿Tienen religión los pueblos naturales? — Las ideas religiosas de éstos ¿son restos de esferas de ideas más elevadas ó gérmenes de ulteriores desenvolvimientos? — Leyendas Hades de Hawai. — El origen de toda religión es la investigación de las causas primeras. — Fenómenos que incitan á esta investigación: grandes fenómenos de la naturaleza. — Supersticiones de animales. — Más poderosa influencia que los fenómenos de la naturaleza ejercen las enfermedades, el sueño y la muerte. — Omnianimación. — Fetiches. — Ídolos. — Templos. — Sistemas de enterramientos. — La idea de la supervivencia. — La moral en la religión. — Clasificación y difusión de las religiones. — Las misiones.

Varias son las causas que dificultan el estudio de la vida y de las ideas religiosas de los pueblos naturales. Estos, como se comprenderá, solamente suministran datos incompletos acerca de sus ideas respecto del Ser Supremo y aun únicamente los dan muy á la fuerza ó con el propósito de engañar al curioso. También se comprende que muchas veces no puedan facilitar estas noticias, porque ni ellos mismos se explican muy claramente las ideas que tocante á religión tienen. Merensky refiere una contestación, desde este punto de vista muy significativa, que obtuvo de unos basutos cristianos á quienes preguntó qué idea se habían formado de Dios cuando todavía eran paganos. «Nada ha-

bíamos pensado de Dios, — le contestaron; — pero habíamos soñado en él.» Puede afirmarse que los pueblos naturales carecen de aquellas ideas claras que poseen los cristianos, los judíos y los musulmanes, pues la vida intelectual de aquéllos no sólo es vaga como un sueño, inconsecuente é incoherente, sino que además carece de la progresiva transmisión de ideas de una generación á otra, que es lo que establece una conexión orgánica entre los pensamientos del mundo antiguo y del contemporáneo. Las ideas religiosas que se han conservado en muchos pueblos, sólo son conocidas por los más ancianos, que las conservan con sumo cuidado; y aun en los puntos en que así no sucede,

domina casi siempre cierta repugnancia á divulgar los secretos religiosos. Todo lo más que en tales pueblos puede encontrarse son ruinas ó fragmentos.

Por esto hay que tener mucho cuidado en formarse un concepto demasiado mezquino de las creencias y opiniones religiosas de los pueblos naturales, pues hay que tener siempre en cuenta que todos los impulsos y esfuerzos intelectuales que no se encaminan directamente á los fines prácticos de la vida, tienen cabida en esa esfera religiosa; que la religión abarca, en aquellos pueblos, la filosofía, la ciencia y la poesía, y que, dadas estas circunstancias, queda mucho por suponer y por investigar en este terreno. Pero aun limitándonos á lo estrictamente religioso, no puede

partirse del punto de vista de que todo cuanto existe en el fondo ha de aparecer en la superficie. Esta preocupación puede dar origen á los más inexactos juicios, plagados interiormente de contradicciones. Un gran conocedor de los hotentotes namaquás (el misionero Tindall) ha dicho lo siguiente: «En punto á religión, sus espíritus parecen una página en blanco,» lo cual hemos de interpretar en el sentido de que no tenían la menor idea de cosas religiosas. Esta opinión, sin embargo, encerraría una equivocación grandísima, pues si bien en el alma del namaquí no puede leerse claramente nada que indique una idea religiosa netamente comprendida por él, no faltan varios indicios que pueden considerarse como restos borrados de nociones claras. El



Un fetiche de objeto desconocido (quizás para ahuyentar el rayo) en Lunda (según Max-Buchner)

autor citado circunscribe más su opinión cuando añade. «El hecho de que su idioma contenga expresiones para las ideas Dios, espíritus y aun diablo, parece indicar que no están completamente ignorantes de todas estas cosas, á pesar de que ni en las demás expresiones del lenguaje, ni en las ceremonias, ni en las supersticiones, se encuentra nada que demuestre algo más que una idea rudimentaria de un mundo espiritual. Yo creo que las historias supersticiosas que los viajeros han escuchado de sus labios y mirado como recuerdos religiosos, son consideradas por los mismos indígenas como fábulas que ó bien se narran por puro pasatiempo, ó sirven para explicar las costumbres y las cualidades de los animales fieros, teniendo, por ende, más fuerza como cosa de hechicería que como religión.» Se ha hecho notar, y con razón, que el que así se expresa tiene un concepto individual algo estrecho de la idea religiosa, y en efecto aun cuando estos usos y estas leyendas no constituyan una religión propiamente dicha, son elementos con los cuales, mediante un desarrollo progresivo, llega á formarse el cristal de la fe depurada. En el curso de nuestras observaciones, habremos de preguntarnos con frecuencia: ¿hay que ver en estos usos, ideas y leyendas la religión? Para proceder con justicia formularemos siempre á continuación de ésta la contra pregunta siguiente: la religión ¿debe ser únicamente entendida como noción perfecta, ó es, por el contrario, más verdadero y más justo el concepto de que es

preciso considerar como elementos de la religión todos aquellos sentimientos é ideas del hombre que, saliéndose de la esfera de las cosas de la vida ordinaria y de la existencia corporal, se elevan hasta las causas desconocidas? Si aceptamos esta última teoría, pocas veces encontraremos entre los pueblos naturales la religión concebida en tan estrecho sentido, pero en cambio no analizaremos ningún tipo popular sin descubrir estas últimas fibras de la idea religiosa. Por convicción científica hemos de asentir incondicionalmente á la opinión que, partiendo del sentimiento religioso, se opone á este esfuerzo hacia abajo: «La falta completa de religión, el verdadero ateísmo, es siempre resultado de una civilización elevada que va minándose y materializándose, nunca consecuencia de una ruda cultura primitiva: en ésta se encuentra, aun en el estado de mayor depravación, la necesidad religiosa que corresponde á una facultad religiosa, por incompleta y confusa que ésta sea.» (V. de Strauss.)

La etnografía no conoce ningún pueblo ateo, sino desenvolvimientos más ó menos elevados de ideas religiosas, ideas que en unos aparecen como gérmenes, ó por mejor decir pequeñas é invisibles como en estado de crisálida; al paso que en otros se han desarrollado espléndidamente, dando origen á abundantes mitos y leyendas. El ejemplo de lo que acontece con los idiomas debe hacernos muy precavidos. En las imperfecciones no hemos de ver desde luego la prueba de estados primitivos, y menos cuando se tra-